

CAROLYN RICHMOND

SU ÚNICO HIJO

Desde su publicación en 1891 hasta el presente, *Su único hijo*, la segunda y última novela de Leopoldo Alas, ha permanecido a la sombra de aquel admirable y —en su época— controvertible monumento del naturalismo español que es *La Regenta*. Injusto oscurecimiento, dictado por el destino y secundado —también injustamente—, por la mayor parte de la crítica clariniana que, tal vez no sabiendo dónde «encajar» una obra cuyo tratamiento de la realidad la separa de la primera novela, la ha relegado, mediante un cauteloso silencio, a una posición análoga a la del bastardo de la familia. *Su único hijo* no es homologable a *La Regenta*, ni a *Doña Berta*, ni siquiera —afortunadamente— al popular cuento *¡Adiós, Cordera!*... Quizá como resultado de su singularidad, parece haber producido —y sigue produciendo— en muchos lectores una cierta sensación de malestar. No menos admirable ni menos controvertible que su hermana mayor *La Regenta* (aunque sí, más breve, lo cual podría considerarse un mérito), *Su único hijo* ha sufrido el efecto de ser juzgado desde la perspectiva decimonónica cuando, en realidad, refleja la transición europea desde ese siglo hacia los nuevos valores estéticos del nuestro. Ahora, sin los antiguos prejuicios y desde una más adecuada perspectiva contemporánea, se está empezando a revalorizar esta originalísima novela.

En efecto, *Su único hijo* difiere de la novela realista sobre todo en su manera de enfocar la realidad, la cual adquiere aquí una especie de ambigüedad, pues un narrador nada digno de crédito se limita en ella a *sugerir* el mundo en vez de *presentarlo* de un modo fidedigno. Rota la tradicional relación de confianza entre el narrador y su lector que caracterizaba a la anterior novela, éste se ve obligado a desprenderse de cualquier resto de pasividad en su manera de leer

Carolyn Richmond, ed., Clarín, *Su único hijo*, Espasa-Calpe (Selecciones Austral), Madrid, 1979, extracto de la «Introducción» preparado por la autora con destino al presente volumen.

para participar en una re-creación activa del texto. Tal participación conduce a una pluralidad de posibles lecturas; y así la riqueza interpretativa exige del lector la aceptación básica de que la realidad es compleja, ambigua e incierta.

Un breve repaso de los diferentes aspectos de la novela confirmará lo anterior. El argumento, que a primera vista parece simple —un despliegue lógico según las divisiones tradicionales de *exposición* (capítulos I hasta la mitad del IV), *enredo* o *nudo* (el resto del capítulo IV hasta el XIII) y *desenlace* (capítulos XIV a XVI)— presenta, dentro de una estructura circular, muchas sorpresas y desconcertantes cambios de rumbo, no sólo entre esas divisiones principales, sino también dentro del enredo mismo que, a su vez, está dividido en tres grandes bloques (del capítulo IV hasta el VIII, del IX al XI, y los capítulos XII y XIII). A lo largo de la trama se crea, pues, una inquietante tensión entre lo esperado y lo que no se esperaba; y estas sorpresas del argumento acentúan además ciertas ambigüedades fundamentales del mismo, la más importante de las cuales sería la de la paternidad del titulado «único hijo», que constituye el tema central del libro.

El tratamiento del tiempo y del espacio en la novela es sumamente complejo. Puede decirse que hay en ella dos distintos grandes planos temporales que se interpenetran y se complementan: la época histórica en que se supone transcurrir la acción principal, y la duración efectiva de esta acción imaginaria. El primer plano es externo y se relaciona con el mundo espacial de la novela, mientras que el segundo es interno y pertenece al despliegue del argumento y a las experiencias de los personajes. Este plano interno se desdobra a su vez en un desarrollo objetivo de los hechos y en las vivencias íntimas del protagonista, Bonifacio Reyes. Mediante un estudio cuidadoso del texto es posible establecer, dentro de la indeterminación de la época histórica de la acción, tres períodos distintos, separados entre sí por unos veinte años, y que corresponden respectivamente a los antecedentes de la acción (la década de 1840), a la acción misma (la de 1860), y al momento en que Alas está escribiendo la novela (finales de la década de 1880). Los tres se encuentran superpuestos, reforzando así el sentimiento que transmite la novela de repetición en generaciones sucesivas. Se puede calcular que la duración de la acción principal, a su vez sólo sugerida y que por necesidad debe deducirse a partir de algunos detalles, se extiende a lo largo de un par de años.

Además cabe percibir en la novela un tiempo psíquico y personalizado del protagonista, para quien el presente constituye una especie de ficción o sueño —algo que anticipa el tiempo según lo viven los personajes de la generación del 98. De igual manera el fondo espacial de la obra —sugerido más bien que presentado— está organizado con vistas a destacar la personalidad de Reyes y su mujer en forma semejante al procedimiento seguido por los novelistas del 98.

Los personajes de la novela son bastante menos numerosos que los que pueblan *La Regenta*. Los del último plano crean la impresión o sugestión de una sociedad total. Los seis personajes secundarios, retratados con mayor detenimiento, están caracterizados por algunos rasgos que con frecuencia asumen un valor simbólico: muestran una cierta complejidad de carácter, manifestada irónicamente a través de una fundamental dualidad de tendencias opuestas para sugerir su duplicidad moral. Los seis —divididos en dos grupos— acaban conjurándose en un complejo pacto de solidaridad viciosa. Todos quieren participar de la fortuna de Emma Valcárcel, esposa de Bonis y madre del hijo que nacerá al final —y Emma es uno de los personajes más depravados de toda la novela española del siglo XIX—. Bonifacio Reyes representa, en sus defectos, debilidad y fundamental bondad, lo opuesto de su consorte y de los demás caracteres. En su angustia y ansia de inmortalizarse a través del hijo, se encuentra en la línea de lo que serán los personajes «agonistas» de Unamuno. Único personaje visto por su autor desde dentro —con simpatía y un cierto grado de identificación dentro de la futilidad de su existencia—, Bonis es una creación sumamente moderna, un hombre cuya alienación y efectividad problemática anticipan los protagonistas de la generación siguiente.

Queda dicho que el tema central es la insegura paternidad genética de Antonio Reyes, el niño que Emma dará a luz. La mayor parte de los críticos se han inclinado a pensar que la criatura era fruto de un amorío entre ella y un barítono de la compañía de ópera que visita la ciudad, aunque un cuidadoso escrutinio del libro no descubre ninguna prueba inequívoca de la consumación de tal adulterio, mientras que sí, por el contrario, se describen intencionalmente repetidos actos de intimidad sexual entre Bonifacio y su esposa. De esto se infiere que Clarín ha querido dejar la cuestión indecisa, rodeando a los protagonistas de una atmósfera de maledicencia, sospecha y murmuraciones que sólo llegarán a oídos de Bonis al final de

la novela, desde la boca de su antigua amante, la tiple de la mencionada compañía. Lo fundamentalmente problemático de la obra está reforzado mediante varios recursos estilísticos tales como la ironía, el humor y la perspectiva relativista que a veces asume el narrador, y por la constante y creciente ola de murmuraciones y chismes que envuelve la acción.

Según varios epistolarios clarinianos publicados hasta la fecha —además de ciertos testimonios críticos de aquella época— Leopoldo Alas había ideado una trilogía de novelas (*Esperaindeo*, *Juanito Reseco* y *Una medianía*) cuyos protagonistas respectivos iban sin duda a conocerse entre sí, y cuyo escenario sería, en concreto, la capital española en una época contemporánea a su redacción, trilogía de la que *Su único hijo* estaba destinado a ser una introducción o «peristilo». Dentro de ese cuadro total, iba a establecerse una relación especialmente entrecruzada entre *Su único hijo* y la tercera novela de esta proyectada trilogía, pues la «medianía» sería nada menos que Antonio Reyes, joven literato, amargado y perezoso, cuyo retrato podemos leer en el fragmento titulado *Sinfonía de dos novelas. Su único hijo. —Una medianía* (incluido entre los *Apéndices* de C. Richmond [1979]). No se puede afirmar que los siete capítulos de este fragmento constituyan el comienzo de la malograda novela de Antonio Reyes, pero es seguro que ésta, hacia la que su autor había mostrado un enorme interés ya antes de escribir *Su único hijo*, nunca llegó a concluirse y que las otras dos novelas del proyecto fueron igualmente abandonadas. En una carta a Menéndez Pelayo leemos que Alas se proponía conducir al protagonista de *Una medianía* hacia el suicidio. ¿Habría retrocedido Clarín frente a tal propósito? No se sabe. Lo único cierto es que, con la publicación de *Su único hijo*, Leopoldo Alas interrumpe para siempre su obra de novelista.

Como puede observarse, *Su único hijo* es una novela extraordinariamente compleja cuya problematicidad, más allá de sus páginas, se extiende a las circunstancias que rodean su creación artística. Unas recién publicadas cartas de Alas a sus editores, Fernando Fé y Manuel Fernández Lasanta (véase J. Blanquat y J. F. Botrel [1981]), ponen de relieve la íntima conexión que parece haber existido entre el acto creador, en cuanto se refiere a *Su único hijo* y *Una medianía*, con las circunstancias vitales de nuestro escritor. La segunda novela de Clarín brinda al lector receptivo una inagotable riqueza de posibilidades interpretativas: así lo demuestran algunos de los trabajos más recientes acerca de ella, pues cuanto más se la estudia, más crece antes nuestros ojos.